

Defensa del panteísmo

Los humanos tenemos una inveterada tendencia a personalizarlo todo. Hoy nos parecen ingenuas las religiones primitivas que atribuían a innumerables deidades personales las fuerzas benefactoras o malignas de la naturaleza, de tal modo que nuestros éxitos o fracasos se veían como el resultado de intenciones divinas más o menos proclives a nuestros intereses. Pero seguimos haciendo lo mismo. En cuanto descubrimos un orden en el mundo nos apresuramos a atribuirlo a la planificación de un Dios personal. No faltan quienes responsabilizan al demonio del mal que nos rodea. Puesto que pensamos y sentimos debe haber dentro de nosotros una pequeña divinidad invisible: el alma espiritual. Y así, seguimos poniendo nombre y apellido a las fuerzas más o menos desconocidas que intervienen en nuestra vida, aunque ya no seamos capaces de revestirlas de la belleza poética de la mitología primitiva.

¿Qué pretendemos con ello? Probablemente, dar una respuesta a ese «sentimiento oceánico» que está en el origen de toda religiosidad. Nos encontramos solos en un mundo que no comprendemos y que en ocasiones se vuelve extraño y amenazante, pero al cual nos sentimos indisolublemente unidos y del cual depende nuestra modesta vida personal. Sabemos que nuestras acciones apenas pueden incidir en una mínima parte de esa totalidad y que en lo demás estamos sujetos a fuerzas tan incomprensibles como poderosas. No hace falta pensar en los cataclismos naturales: la misma historia humana escapa a la capacidad de decisión de sus actores, como si un abstracto Espíritu Objetivo tomara frecuentemente las riendas de su curso. Y este «sentimiento oceánico» provoca reacciones muy distintas a las que nos suscitan los hechos delimitados y concretos.

Podemos sentir miedo ante una persona, pero las fuerzas impersonales resultan mucho más amenazantes. La maldad, la arbitrariedad y la injusticia de nuestros prójimos nos resultan más soportables que el peligro que proviene de fuerzas ciegas e inconscientes. El mal que viene de los seres humanos al menos «tiene nombre»; es posible identificar su origen y su alcance, sus intenciones y su método. Todo se mueve en un terreno conocido, ya que proviene de sentimientos que no son ajenos a los que experimentamos nosotros mismos. Pueden ser terribles y amenazantes, sin duda. Pero al menos responden a decisiones que han surgido de alguien como nosotros en

lo esencial. Ello deja abierta la posibilidad de dialogar con ellos, de presentarles nuestras razones, de intimidarlos con nuestras amenazas, de comprarlos con nuestros sobornos, de moverlos a piedad con nuestras súplicas. ¿Cómo hacer lo mismo con una fuerza ciega e impersonal? Es preferible luchar contra el demonio, que al menos tiene rostro y habla nuestro idioma, que contra una ley física o histórica, que nunca podrá entender razones.

Pero no sólo el miedo nos lleva a personalizar. El mundo no es sólo fuente de amenazas sino un hogar acogedor en ocasiones. Suponer que está regido por una sabia inteligencia y una voluntad benévola lo hace más habitable y nos permite amar aquello que no comprendemos. Sobre todo, nos permite suponer que los innumerables fragmentos que componen nuestra vida están unidos por un invisible vínculo de continuidad que apunta hacia un sentido que redime sus frustraciones y sus fracasos. La inutilidad multiplica cualquier sufrimiento: un Dios personal garantiza que esos fragmentos perdidos se recuperan de un modo misterioso, que el dolor forma parte de un plan en el que podemos confiar aunque no seamos capaces de comprenderlo. Que nada se pierda, en definitiva.

Y cuando no podemos personalizar, al menos sustantivamos. Hablamos del amor, de la libertad, de la angustia, del sentido de la vida. Como si por el mágico procedimiento de otorgar a esas fuerzas oscuras e indefinibles un género y un número y anteponerles el correspondiente artículo quedarán automáticamente domesticadas y a disposición de nuestro lenguaje. Porque de eso se trata: de manejarlos con palabras, ya que de otro modo resulta imposible. Y los sustantivos son especialmente dóciles a nuestra voluntad de objetivación: podemos atribuirles los calificativos deseados y convertirlos en sujeto de las frases que mejor nos ayuden a disponer de ellos. Menos dóciles se muestran los verbos, los adjetivos y los adverbios: todos ellos requieren nada menos que un sujeto para someterse a nuestra sintaxis. En cambio, una vez postulado el sujeto, lo demás se da por añadidura: sabemos de qué se trata. A veces nos tranquiliza la mera atribución de un nombre a nuestros estados de ánimo. Aunque nada haya cambiado, ahora sabemos que aquella sensación indefinida se llama «depresión» o «ansiedad» y con ello adquiere una objetividad que nos permite tratar con ella. Cuando los antiguos atribuían la locura a la posesión diabólica tranquilizaban con ello al mismo endemoniado, que desde ese momento sabía que debía enfrentarse a demonios y no —lo que es peor— a fuerzas indomables que se identificaban con su propia persona.

Nietzsche dijo, en una frase memorable: «Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática». Las palabras reifican y objetivan todo lo que tocan y ese es el primer paso hacia su divinización. Cuando hablamos del mundo, las cosas se animan y se incorporan al mundo humano, su carácter fugaz y aparente desaparece cuando las incluimos en el ámbito absoluto del ser, que tantas metafísicas ha inspirado. Y ésta es la grandeza del lenguaje, por la cual el hombre se asoma a un absoluto que un mundo puramente fenoménico y cambiante nunca

podría ofrecerle. Pero éste es también su peligro: las palabras cobran vida propia y nos olvidamos de que somos nosotros quienes las hemos pronunciado, hasta el punto de que acabamos sometiéndonos a ellas. La palabra Dios constituye la obra maestra de este poder del lenguaje para independizarse de su creador. El pensamiento hebreo lo sabía muy bien: pronunciar el nombre secreto de Dios equivalía a manipular la realidad divina, a compartir sacrílegamente su poder.

La actitud panteísta sospecha de esta tendencia a la sustantivización y la personalización. No intenta atribuir los acontecimientos faustos o infaustos a una inteligencia y voluntad construidas a imagen y semejanza de las nuestras, aunque esa renuncia le prive de interlocutores a quienes agradecer o culpar. Sabe que estamos solos en el mundo y que nuestro destino no goza de ningún privilegio especial con respecto al conjunto del universo, como no sea la problemática primacía de la consciencia.

Pero tampoco cae en el empirismo grosero de negar el misterio. La obstinación de todas las épocas y culturas de hablar de dioses y demonios —uno o muchos, poco importa— no es insensata: el universo está penetrado de racionalidad y sentido, su evolución no es fruto de un azar ciego y caótico sino que sigue caminos que llevan a alguna parte, aunque nadie los haya trazado de antemano ni nos asegure la llegada. Si somos capaces de pensar el mundo, eso implica que entre el mundo y nuestro pensamiento hay un parentesco: no somos nosotros quienes adjudicamos racionalidad a las cosas sino que las cosas mismas están penetradas de racionalidad y sólo por ello podemos establecer una relación consciente con lo que nos rodea. ¿Cómo podríamos hablar de leyes de la naturaleza o de la historia si el universo no estuviera impregnado de razón y sentido, si fuera una colección azarosa de materia bruta? ¿Cómo podría nuestro lenguaje dar cuenta de lo que sucede si el mundo no estuviera predispuesto a someterse al lenguaje? Nosotros no hemos inventado la razón y el sentido: sólo somos sus administradores, los lugares del universo en que se expresan en lenguaje. La naturaleza «Deus sive natura» —decía Spinoza—, ha elegido la voz del hombre para expresarse, no para imponerle leyes arbitrarias.

¿Qué tiene de extraño entonces que esa racionalidad se haya personalizado históricamente en uno o varios dioses? Es una forma no por mítica menos expresiva de decir que el universo no es ciego y azaroso, que se parece más a un organismo viviente que a una acumulación casual de partes independientes.

Pero el panteísmo propone renunciar a ponerle nombre a esa racionalidad. ¿Por qué no reconocer que el sujeto de la razón y el sentido es el universo mismo? Inventar dioses —o demonios— no hace más que duplicar el problema. Es evidente que el universo es misterioso, pero no lo es menos que trasladar ese misterio a un supuesto Dios personal no nos ayuda a comprenderlo mejor. Por el contrario, aumenta los problemas, ya que habría que preguntarse entonces por cuestiones que han atormentado a los teólogos desde siempre, como el mal y la libertad, y que tienen muy difícil respuesta desde un teísmo personal. Se diga lo que se diga, no es fácil compaginar

la existencia de un Dios creador, omnipotente y providente con el absurdo sufrimiento de los inocentes, por ejemplo.

En efecto, el teísmo postula la existencia de un Dios perfecto en el sentido etimológico de la palabra, es decir, pleno, acabado y completo. Tal Dios habría creado este mundo que, como a nadie se le oculta, es imperfecto, limitado y contradictorio, aunque se afirme que camina por senderos misteriosos hacia su propia consumación. Pero la conciliación de ambas cosas está llena de escollos, como lo atestiguan por ejemplo las angustiadas reflexiones de San Agustín. Si aceptamos, por el contrario, que la racionalidad del mundo no es un acto sino un proceso, que el sentido no está dado de antemano sino que es una lenta y trabajosa construcción del universo mismo, que la historia no es el relato de un ser situado más allá de ella sino el modo de ser de todo lo que existe, entonces el misterio, sin dejar de serlo, se identifica con la realidad que nos rodea en lugar de refugiarse en una instancia trascendente. La inmanencia misma es misteriosa —si se prefiere, incluso divina— sin necesidad de multiplicar innecesariamente las realidades.

El panteísmo no es ateísmo. Porque intenta recoger lo que la humanidad ha querido expresar al hablar de un Dios creador y providente, aunque se niegue a circunscribirlo y personalizarlo. El mundo del panteísta no es una acumulación caótica y fría de realidades independientes sino un sabio organismo con el que podemos simpatizar y al que podemos comprender modestamente. Pero eso sí: al que no podemos pedirle garantías, seguridades ni certezas absolutas, porque estamos implicados en él, nuestra racionalidad es la suya y no tenemos un interlocutor que deba rendirnos cuenta. *Nuestro pensamiento avanza con dificultades, retrocesos e incoherencias no sólo por la flaqueza de nuestra mente sino sobre todo porque ése es el ritmo que le impone la misma realidad de la que forma parte.* No existe un fundamento ya constituido que pueda servir de punto de referencia estable en medio de nuestras vacilaciones: es el mundo mismo quien vacila y busca tentativamente su camino. Y ni el universo ni mucho menos nuestra razón saben de antemano hacia dónde apunta todo ese esfuerzo, porque no hay un sujeto en cuya mente resida el itinerario y su término. El eterno problema del sentido cambia de signo: no se trata de buscar el valor de la vida más allá de ella sino de reconocer que el modesto y penoso trabajo de los hombres merece la pena por sí mismo, que el bien y el mal no se definen por su participación en un ámbito trascendente sino que se juegan en las relaciones concretas de unos hombres con otros.

Pero sin embargo, la razón es astuta y merece un voto de limitada confianza, al menos la misma que depositamos en nuestros pequeños razonamientos subjetivos. Si todo organismo es sabio —aunque se equivoque— ¿cómo no confiar en que el universo en su conjunto tiende de algún modo hacia ese Bien que el viejo Platón situaba «más allá del ser», aunque no seamos capaces de describirlo ni de garantizar su consecución? La utopía, ajena por completo a un pensamiento mecanicista, encuentra acogida en una visión panteísta de la realidad, aunque se trate de una utopía que

no está escrita aún. Y que por ello no está tan expuesta a servir de excusa para sacrificar en su nombre a los hombres de carne y hueso, como ha sucedido con tantas utopías a lo largo de la historia.

Nada de esto se puede demostrar, por supuesto. Decía Borges que la teología era una de las ramas de la literatura fantástica, y estas reflexiones caen sin duda dentro de ese género literario. Pero ya sabemos que los límites entre lo fantástico y lo que ha dado en llamarse «la realidad» no son tan claros como un positivismo craso ha intentado hacernos creer. Siguiendo a Ortega, podríamos calificar al panteísmo como creencia antes que como idea. Y ya se sabe que en las creencias la estética juega un papel más importante que la lógica.

Augusto Klappenbach





Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por
José Ortega y Gasset

leer, pensar, saber

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james
buchanan • jean-françois lyotard • george steiner • julio
çaro baroja • raymond carr • norbert elias • julio cortázar
• gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel •
georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan
sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas
• a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur
• mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel
maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean
baudrillard • iris murdoch • rafael alberti • jacques
derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita: Fundación José Ortega y Gasset
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Tel. 410 44 12

Distribuye: Comercial Atheneum
Rufino González, 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62